

# Los pecados capitales en el ferrocarril



Por FERNANDO DIAZ-PLAJA

## LA SOBERBIA

*Esta vez sí que no es tópico decir aquello de que la persona que va a presentarse no necesita presentación. Porque el escritor Fernando Díaz-Plaja, aparte su prestigio y popularidad, fue entrevistado el pasado año por VIA LIBRE para su número 196 y posteriormente, en el número 201 de nuestra revista, recogíamos uno de sus habituales comentarios en el suplemento semanal de "El País" relacionado con el ferrocarril. Fernando Díaz-Plaja, asiduo cliente de los trenes, sigue nuestra revista en los expresos entre Madrid y Barcelona. A partir de este número, VIA LIBRE va a contar también con su valiosa colaboración. Tema, esa parte de su extensa obra que lo ha hecho popular: los siete pecados capitales y (naturalmente) el ferrocarril. Porque viajando en el tren tampoco dejamos los hombres de ser pecadores. Y posiblemente esos pecados fundamentales, los siete, se manifiesten de manera peculiar en los trenes. Esperemos que Fernando Díaz-Plaja, brillante agudo investigador de la psicología humana y de las costumbres sociales, nos lo cuente.*

**E**L puesto del señor pasajero es la primera demostración de soberbia de ocupar un lugar fijo, preciso y concreto. Es **su** sitio, nadie puede quitarle **su** sitio. Cuando el que llega lo encuentra ocupado, lo reclama, primero con timidez (podría equivocarse y sería catastrófico).

—Perdone, ¿este no es el vagón número...?, ¿y ese es el sitio número...?

Pero basta que el otro se excuse y se levante para que el recién llegado cambie de aspecto. Su expresión se hace más arrogante, parece crecer un poco. Coloca el equipaje en la rejilla encima de **su** asiento, retirando, sin contemplaciones, el que encuentra, y antes de sentarse en el sitio dejado vacío pasa la mano por encima de la tapicería, aunque no exista ni una miga ni una mancha de ceniza. Su gesto es simbólico; está quitando lo que queda de una presencia extraña, de la presencia de alguien que, para empezar, no debía de estar allí. Y cuando se arrellana con seguridad de propietario, si el intruso se ha quedado en otro sitio del departamento, le mira larga y un poco acusadoramente. ¿Cómo se ha atrevido? A veces, después, pasea la mirada al sujetador de las reservas por encima de su cabeza. Con esa mirada quiere indicar su sospecha de que el que ocupaba injustamente su sitio, esté ocupando injustamente otro.

El pasajero está ya en su lugar, preparándose para el largo viaje. Un largo viaje para el pasajero español significa que cuantos menos sean en el departamento, mejor. La soberbia se tiñe siempre de insolidaridad.

Dado que él está cómodamente sentado, cuantos más se queden en el pasillo incómodamente, mejor, porque así él tendrá más espacio para las piernas. Para ilustrar esta observación no hay más que ver la cara de los viajeros aposentados cuando aparece otro cargando la pesada maleta.

—¿Hay sitio aquí?

Si no lo hay, surgen tres o cuatro voces: "¡No, no!, está todo lleno". Pero si lo hay, a la pregunta responde un silencio denso. Generalmente no miran al recién llegado, se miran entre ellos. No pueden decir que no hay sitio, pero se niegan a decir que lo hay, sería dar facilidades a las inconveniencias que se van a plantear a los pocos minutos, y calman su conciencia pensando que no saben si alguien está guardando para un amigo aquel lugar escandalosamente vacío.

Ese silencio dura lo que parece siglos al aseado señor, que sigue en la puerta medio dentro, medio fuera. Hasta que decide precisar más su demanda. Mira fijo a uno de los viajeros y señala el lugar a su lado.

—¿Está ocupado?

Interrogado tan directamente, el aludido no tiene más remedio que contestar que no, que no está ocupado. Y eso permite la entrada de un hombre con su maleta; es un hombre solo, pero para la imaginación de los que allí están representa la llegada de los vándalos llenándolo todo, arrasándolo todo, terminando con la tranquilidad y comodidad con que estaban instalados los ocupantes. Cuando después de unos segundos, que parecen siglos, se ve que el nuevo

no ocupa más espacio que el normal, en contra de lo que se temía, el daño está hecho.

"... hace un frío horrible..., en el vagón donde entramos están los ocho asientos ocupados..., nos miramos todos con el odio característico con que nos miramos los españoles y nos disponemos a dormir". (Pío Baroja: "El Globo", 1-I-1903.)

Ese odio procede de la soberbia, del individualismo español. Lo inspira la certeza de que el viajero no es uno más entre los que necesariamente necesitan desplazarse de uno a otro lugar. El viajero es un ser único que por ello debería poder ir solo en el vagón, y los demás, unos desgraciados, que lo mejor que podrían haber hecho era quedarse en casa y no venir a dar la lata. Dado que todos piensan lo mismo, van ampliando su radio de acción y de aguante. "Ya somos bastantes...; bueno, uno más..., pero ya es suficiente, ¿no?". La enemistad de antes se transforma en conciliábulo más o menos declarado, en el fondo les da vergüenza, porque comprenden lo absurdo de su situación: negar a los demás lo que ellos han conseguido. Por ello, esa conspiración sólo sale bien cuando se trata de familia numerosa o de íntimos amigos. Las caricaturas de

siglo mencionaban a veces los trucos empleados. Podía ser aludir tristemente a la enfermedad de alguno de los familiares, y cuando el recién llegado se interesaba, admitir que se trataba de algo muy contagioso. Cuando el chiste era gráfico, tipo historietas, el engaño se ampliaba pintándole, por ejemplo, al niño unas manchitas negras en la cara: el recién llegado se asomaba, miraba y salía corriendo, "¡la peste!", hacia otro vagón, con gran algarada de todos.

A veces se buscan fórmulas más sofisticadas. Me contaba un ex combatiente de la División Azul que en la guerra, que multiplica la necesidad del viaje, lo normal era ir como sardinas, sin dejar resquicios en los asientos. Con lo que algunos oficiales españoles reunidos en un departamento, en cuanto oían a alguien andar con la manivela de la puerta, hacían chocar el casco de dos botellas dejadas a mano y decían en voz muy alta, en alemán:

—¡A su salud, mi general!

Con lo que el disciplinado germano que intentaba pasar mejor la noche, cerraba inmediatamente la puerta y se alejaba en busca de un departamento donde no hubiera tan altas jerarquías.

Como todos los revisores de la RENFE sa-

ben, la característica principal de los viajeros es su absoluto desacuerdo a la hora de abrir y cerrar las ventanas. Estoy seguro de que en la memoria de los más ancianos no existe el recuerdo de cuando los que compartían un compartimiento aseguraron que la atmósfera era perfecta para todos los gustos. Los viajeros se dividen. Parece que alguien, todavía en el andén, se preocupa de ir repartiendo números de asientos a fin de que jamás estén juntos en el mismo sitio los "aireados" y en otro los "enclaustrados". Los primeros son los que reclaman a voces que abran un poco la ventana, "porque aquí uno se ahoga"; los otros son los que a su vez rugen que hay que cerrar ese cristal, porque "vamos a coger una pulmonía". Dada la soberbia inicial de cada español, ninguno de los que siente la molestia puede aceptar la posibilidad de aguantarse un poco en favor de la colectividad. (Ya esta palabra molesta al español normal, cuya superioridad natural le obliga a odiar al grupo.) Por ello, quien tiene frío levanta el cristal de golpe, sin preguntar siquiera a los demás si están de acuerdo con la operación, y el que tiene calor abre exactamente con el mismo cuidado de no perjudicar a los demás, es decir, con ninguno. La fórmula mental es algo así: "Yo tengo frío y, por tanto, cierro; yo tengo calor y, por tanto, abro". Dado que esa diferencia de criterio acostumbra a ser normal, inmediatamente se plantea la discusión entre los dos grupos, unos defendiendo sus pulmones de la brisa cortante y los otros defendiendo el corazón de la presión atmosférica. En general, histórica y tradicionalmente, este país de cafés y otros locales cerrados ha tenido siempre más temor al frío que al calor, y por ello la conversación sobre "la corriente" puede alcanzar en cualquier grupo las más variadas formas. "Es que hay corriente..., claro, eso es lo malo...; este catarro lo cogí porque estaba en la corriente...; pero, ¿de dónde saldrá la corriente? Al abrirse la puerta, claro, se establece la corriente...". Ha habido muchas generaciones que han vivido siempre encerradas, y de ahí sacó Fernández Flórez el gracioso episodio de "El malvado Carabel", donde un madrileño que sólo salía de la atmósfera de la oficina para entrar en la del café, se encontraba de pronto, por culpa de la educación englosajona de su jefe, un banquero, en una carrera a campo a través de la sierra y caía al suelo ahogándose, hasta que un amigo le echaba el humo del cigarro a la cara; sólo entonces volvía lentamente en sí, al re-



Cuando el viajero que llega encuentra su sitio ocupado lo reclama, primero con timidez (podría equivocarse y sería catastrófico), pero basta que el otro se excuse y se levante para que el recién llegado cambie de aspecto. Su expresión se hace más arrogante, parece crecer un poco...



La frase "¿Le molesta el humo?" pasó a la Historia en cuanto dejó de aplicársela a unas señoras cuando empezaron éstas a fumar, y se ha deducido que si aceptan el humo las mujeres, ¿por qué no van a aceptarlo los hombres?...

cobrar su atmósfera habitual y no la purísima del campo, que casi le mata.

La impresión general es que la inmensa mayoría de los pasajeros dan siempre más la razón a quien teme al frío que a quien teme al calor, de quien prefiere la atmósfera cargada que a quien la quiere pura y limpia. Y la prueba la tuve cuando indagué en el reglamento de la compañía y descubrí que "en caso de discusión, la ventana permanecería cerrada". Después de tantos años, sigo sin comprender por qué el asma es menos importante que la bronquitis.

Ese problema se ha resuelto con los trenes modernos. Para empezar, el soberbio A no puede discutir con el soberbio B sobre cómo si abrir o no la ventana, porque las ventanas están cerradas a cal y canto. Y en cuanto el frío y al calor que pueda hacer en el compartimiento, las dos soberbias indivi-

duales antes aludidas han sido superadas por una tercera soberbia, la soberbia de la compañía, que es la que decide el grado de temperatura a que van a ir sometidos los viajeros. Y no hay más cáscaras. Por eso, en los vagones modernos, uno ve a gente arrebujada en el abrigo que ha bajado de la rejilla al poco rato de empezar el viaje, mientras a su lado alguien se ha quitado la chaqueta por el calor que siente. En los tiempos antiguos, esos dos señores se hubieran peleado, el primero para cerrar y el segundo para abrir la ventana. Ahora se aguantan, uno tiritando y el otro sudando con los mismos grados.

La soberbia ha sido vencida, el individualismo, derrotado: café (o termómetro) para todos.

Cuando los departamentos normales se convirtieron en departamentos con literas,

el proceso se hizo mucho más complicado, porque la diferencia entre los españoles que duermen con la ventana abierta, una minoría, y los que la prefieren cerrada, se agudiza en un ambiente en donde la intemperie y la velocidad del tren provocan cambios de temperatura mucho más rápidos. Se da entonces en el oscuro departamento una lucha sorda y ciega. De pronto, alguien se desliza desde su litera y entreabre la ventana. A los pocos minutos, otro se despierta tiritando, se levanta y cierra. Al poco rato, el primero, que está sudando, vuelve a intentar abrir, y la reacción entonces es más inmediata, porque el friolento no se había dormido todavía, y ante la operación clandestina pone el grito en el cielo, lo que despierta a sus compañeros de viaje, que en su inmensa mayoría exigen el cierre inmediato del orificio aquel tan dañino para su salud. El partidario del aire fresco tiene en general muy poca "chance" (como dicen los argentinos) para imponer su criterio, porque sus razones no son aceptadas desde el punto de vista de la higiene, y mucho más rechazadas con indignación cuando alude a un posible olor corporal que se nota en el ambiente nocturno. No hay nada que ofenda más a un español que el calificativo de sucio, y ello sin tener en cuenta para nada su aspecto. El hecho de que uno no se bañe porque no le apetezca, es una cosa. Que por ello le llamen sucio, es una grosería inaguantable.

La soberbia del viajero español se nota también en el fumador. Aquella frase de "¿le molesta el humo?" pasó a la Historia en cuanto dejó de aplicársela a unas señoras cuando empezaron éstas a fumar, y se ha deducido —esto también es muy español— que si aceptan el humo las mujeres, ¿por qué no van a aceptarlo los hombres? De ahí que el español encienda alegremente su puro sin pedir el más mínimo permiso en un departamento cerrado, enviando al pasillo a quien no puede aguantar el olor.

La soberbia tuvo en el tren, desde que se inició, la más clara de las oportunidades de mostrarse, porque era un espejo de las posibilidades social-económicas de cada uno. Los seres humanos se dividían al llegar al andén, automáticamente, en gente de primera clase, de segunda y de tercera; los primeros miraban cómo pasaban en el andén con dierto desprecio los vagones con dos y con tres rayas, hasta llegar al que tenía un solo palo, que era como el mástil de la bandera triunfante del "status" social. Los de segunda observaban con recelo esos vago-

nes y con superioridad a los de tercera. Estos no miraban realmente a nadie, empezaban a preparar su viaje entre gritos y casi siempre con alegría. La diferencia social era a menudo también de edad. La mayoría de los que iban en primera era gente mayor; los de segunda, medianos; los de tercera, jóvenes, muchos de ellos estudiantes y sol-

dados que llenaban de alborozo el viaje.

A los lectores de hoy menores de cuarenta años les costará creerlo, pero es cierto. La idea de la diferencia de clases sociales estaba tan inmersa en la gente de entonces que había muchos que renunciaban a ocupar un puesto en un vagón que podían pagar fácilmente "porque no les correspondía". Un co-

merciante modesto, por ejemplo, un frutero de barrio, no hubiera ido nunca en coche-cama, a pesar de permitírsele su bolsillo, mucho más que al señorito de familia bien, pero arruinado, que creía imposible viajar de otra forma que en el lecho.

De esa seguridad en un destino que había dividido a los hombres desde su nacimiento surgió la "gaffe" periodística más dramática que se recuerda. Fue la del redactor que con el cerebro **programado**, como diríamos hoy, por la seguridad de que existía gente "de primera", y al igual que se admite que un espectáculo de primera es superior a otro de segunda, comunicó así un desastre ferroviario: "Afortunadamente, todas las víctimas eran de tercera clase".

El concepto estaba tan arraigado en la imaginación española que, cuando soplaron nuevos tiempos de mayor igualdad social, se decidió terminar con esa "tercera" clase, que ya resultaba ofensiva al oído... Pero esa reforma no consistió, como se esperaba, en quitar el vagón, sino el símbolo. Dicho de otra manera, siguieron durante años las tablas de madera y el traqueteo infernal sobre ejes viejos. Pero los vagones no se llamaban de tercera. Ahora eran de segunda. Habían suprimido el nombre, pero mantenido la esencia. Algo parecido a lo que hacen en la URSS, donde su concepto comunista de igualdad no podría admitir que existiese un vagón de primera y otro de segunda. Pero como en todas las sociedades del mundo existe siempre quien viaja mejor que otro por categoría política o militar si no económica, como en la URSS, como decía la "Granja de los animales" —"todos son iguales, pero algunos son más iguales que otros"—, existen vagones distintos. Lo que pasa es que, en vez de primera y segunda, unos se llaman de asiento "duro" y los otros de asiento "blando". El lector sacará sus consecuencias lógicas.

El golpe más fuerte a la soberbia en el ferrocarril se dio con el Talgo y el Ter, unificando precios y categorías. Todos sentados en la misma postura, todos mirando al frente y viendo nuca en vez de caras, todos con la misma luz, con la misma calefacción, con la misma refrigeración, con la misma música ambiental.

Es verdad que sigue habiendo primera y segunda, pero el asiento es el mismo; el espacio para las piernas, igual...; la vanidad sólo puede manifestarse mirando alrededor y repitiéndose: "Voy en primera, voy en primera, voy en primera...". ■



La lucha por la temperatura se ha resuelto con los trenes modernos. Ya el soberbio A no puede discutir con el soberbio B sobre si abrir o no las ventanas, porque éstas están cerradas a cal y canto.